



Detalles sobre la publicación, incluyendo instrucciones para autores e información para los usuarios en: <http://espacialidades.cua.uam.mx>

Eduardo Nivón Bolán (Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa).

María Moreno Carranco y C. Greig Crysler, coords. (2019). *Espacios de miedo: cuerpos, muros, ciudades*. CDMX: UAM-Cuajimalpa, 208 pp. (Ciencias Sociales). ISBN: 978-607-28-1573-5 pp. 112-117.

Fecha de publicación en línea: octubre 2020

DOI: www.doi.org/10.24275/uam/cua/dcsh/esp/2020v10n1/Nivon

© Eduardo Nivón Bolán (2020). Publicado en *Espacialidades*. Todos los derechos reservados. Permisos y comentarios, por favor escribir al correo electrónico: revista.espacialidades@correo.cua.uam.mx

ESPACIALIDADES. Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura Volumen 10, Núm. 01, enero-junio de 2020, es una publicación semestral de la Universidad Autónoma Metropolitana, a través de la Unidad Cuajimalpa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Ciencias Sociales, editada en la Ciudad de México, México. Con dirección en [Av. Vasco de Quiroga 4871, Cuajimalpa, Lomas de Santa Fe, CP: 05300, Ciudad de México, México](#). Página electrónica de la revista: <http://espacialidades.cua.uam.mx/> y

dirección electrónica: revista.espacialidades@correo.cua.uam.mx. Editora en jefe: Dra. Fernanda Vázquez Vela. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título número 04-2018-072414222300-203, ISSN: 2007-560X, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: María Fernanda Flores Torres (Dendrita Publicidad S. A. de C. V.), [Temístocles núm. 79, int. 3, Colonia Polanco IV Sección, Alcaldía Miguel Hidalgo, C.P. 11550, Ciudad de México](#); Fecha de última modificación: octubre del 2020. Tamaño de archivo 287 KB.

Espacialidades. Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura tiene como propósito constituirse en un foro de discusión académica que aborda la compleja, contradictoria y multicausal relación entre el espacio y la vida social. *Espacialidades* se inscribe en el debate académico internacional sobre el giro espacial en las ciencias sociales e invita al análisis de diversas prácticas sociales y formas de organización y acción política desde una perspectiva multidisciplinaria que ponga énfasis en las diferentes escalas territoriales. Los textos publicados incorporan métodos y problemas tratados desde la sociología, la ciencia política, la economía, los estudios urbanos, la geografía, los estudios culturales, la antropología, la literatura, el psicoanálisis y el feminismo, entre otros.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del comité editorial.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa.

Directorio

RECTOR GENERAL: Dr. Eduardo Abel Peñalosa Castro

SECRETARIO GENERAL: Dr. José Antonio De los Reyes Heredia

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa

RECTOR: Dr. Rodolfo René Suárez Molinar

SECRETARIO DE UNIDAD: Dr. Álvaro Julio Peláez Cedrés

División de Ciencias Sociales y Humanidades

DIRECTOR: Dr. Roger Mario Barbosa Cruz

JEFE DE DEPARTAMENTO: Dr. Gabriel Pérez Pérez

Revista Espacialidades

DIRECTORA: Dra. Fernanda Vázquez Vela

ASISTENTE EDITORIAL: Mtra. Maricruz Gómez López, Mtra. Evelyn Guadalupe Cazares Jiménez

ADMINISTRACIÓN DEL SITIO WEB: Orlando Hernández Hernández

EDICIÓN TEXTUAL Y CORRECCIÓN DE ESTILO: Mtro. Hugo Espinoza Rubio

FOTOGRAFÍA DE LA PORTADA: © 2020 John Simitopoulos en Unsplash @john_simitopoulos, <https://unsplash.com/photos/ES2wTd6wztQ>

COMITÉ EDITORIAL: Dra. Montserrat Crespi-Valbona (Universitat de Barcelona, España), Dra. Verónica Crossa (El Colegio de México, México), Dra. Marta Domínguez Pérez (Universidad Complutense de Madrid, España), Dr. Marco Aurelio Jaso Sánchez (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, México), Dra. Graciela Martínez-Zalce (Universidad Nacional Autónoma de México, México), Dr. Alejandro Mercado (Universidad Nacional Autónoma de México, México), Dr. Jorge Montejano Escamilla (Centro de Investigación en Geografía y Geomática "Ing. Jorge L. Tamayo", México), Dra. Analiese Marie Richard (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, México), Dra. Rocío Rosales Ortega (Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México), Dr. Vicente Ugalde (El Colegio de México, México).

COMITÉ CIENTÍFICO: Dr. Tito Alegría (Colegio de la Frontera Norte), Dra. Miriam Alfie (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa), Dr. Mario Casanueva (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa), Dra. Claudia Cavallin (Universidad Simón Bolívar, Venezuela), Dr. Humberto Cavallin (Universidad de Puerto Rico), Dra. Flavia Freidenberg (Universidad de Salamanca, España), Dra. Clara Irazábal (Columbia University, Estados Unidos), Dr. Jorge Lanzaro (Universidad de la República, Uruguay), Dr. Jacques Lévy (École Polytechnique Fédérale de Lausanne, Francia), Scott Mainwaring (University of Notre Dame, Estados Unidos), Miguel Marinas Herrera (Universidad Complutense, España), Edward Soja † (University of California, Estados Unidos), Michael Storper (London School of Economics, Reino Unido).

María Moreno Carranco y C. Greig Crysler, coords. (2019).
Espacios de miedo: cuerpos, muros, ciudades.
CDMX: UAM-Cuajimalpa, 208 pp. (Ciencias Sociales).
ISBN: 978-607-28-1573-5

En el Latinobarómetro de 2018 hay varias observaciones muy sorprendentes sobre el tema de violencia e inseguridad: la primera es que los delitos “más frecuentes” y más “dañinos” suben, es decir, lo que en las entrevistas apreciaron como los más dañinos y frecuentes). Entre las primeras estaba la violencia intrafamiliar con las mujeres y los niños. Entre las más frecuentes, la violencia en las calles y la violencia intrafamiliar. Ahora, aunque había aumentado la percepción de que ahora hay más delitos, no fue así el temor a éstos. ¿Por qué? No lo sabemos.

La tercera observación es tal vez la más interesante. El país donde hay más personas que dicen no tener temor de ser víctimas de delito es Honduras: con el 28 por ciento; por el contrario, el país donde hay menos personas sin temor es Chile, con el 7 por ciento. Pero estos resultados son exactamente inversos al número de delitos y homicidios de cada país. Honduras es uno de los países del mundo con las más altas tasas de homicidios: con 42 y Chile tiene 3.6 por cada cien mil habitantes. El Latinobarómetro concluye que “estos datos muestran que la percepción de un fenómeno no está para nada relacionado con la ocurrencia de [éste], sino con la posición relativa de la persona respecto de él en su entorno, el punto de partida y la velocidad de evolución de [aquél]” (Latinobarómetro, 2018: 58).

Se trata de datos interesantes de los que me vi en la necesidad de buscar por la lectura del libro colectivo que coordinaron María Moreno y Greig Crysler, titulado *Espacios de miedo: cuerpos, muros y ciudades*. A estas alturas, el tema del miedo ya no nos interpela como hace veinticinco años. (Yo, en lo personal, pienso que el banderazo de la crisis de inseguridad y miedo lo dio el error de diciembre de 1994, cuando le quitaron los alfileres a la economía heredada por Salinas y que devaluó el peso en más de 50 por ciento). Sin embargo, las Ciencias Sociales en México han entrado con retraso al estudio del miedo, cuando en muchos países, incluso de América Latina, tienen más tiempo discutiendo este fenómeno.

El equipo de investigadores congregado para este volumen de estudios tuvo dos toques especiales: el primero es que circunscribió el fenómeno del miedo al ambiente urbano. Lo cual lleva al equipo a preguntarse por lo que la ciudad proporciona al miedo y a la inseguridad, por ejemplo, la concentración y diversidad de las personas que ahí “conviven”; el segundo es que estos estudios se realizaron en Norteamérica, en un momento en que esta noción estaba sumergida en un área gris (si es que alguna vez tuvo un sentido luminoso). Porque los estudios se realizaron bajo la influencia de la era Trump, quien como candidato cambió la idea de crear un gran acuerdo económico para competir con otras regiones del mundo, y así construir la prosperidad de la zona, por el objetivo de combatir los abusos de que han sido víctimas los estadounidenses, debido al peor tratado comercial de la historia de su país. Este cambio, además, impuso la idea del muro, que a tres años de su formulación vemos hoy como una realidad física, sobre todo simbólica, cuya presencia ominosa es una realidad. Tal vez la parte menos explorada en la colección de ensayos es dar cuenta del sentido norteamericano de ésta, su sentido comparativo o su valor heurístico.¹

Las tres preguntas que se presentan en la introducción “Espacios de miedo, cuerpos, muros y ciudades”, me permitieron apropiarme del objetivo del libro y de las reflexiones que a continuación escribo. Veamos. Las tres cuestiones son las siguientes:

¹ Ya escrita esta reseña, me enteré de que este proyecto de investigación data de 2011, un momento muy distinto al de la era Trump. Sin embargo, he decidido dejar las notas que escribí porque, como yo, otros lectores pueden sentir la misma extrañeza derivada del momento de publicación del libro.

- ¿Cómo reaccionamos y enfrentamos estos problemas? Se refieren los autores al miedo, la inseguridad física y económica, así como a la violencia.
- ¿Cómo transforma el miedo los objetos que nos rodean y las políticas de justicia espacial?
- ¿Existe una estética del miedo en Norteamérica?

Las tres cuestiones se resumirían en un tema social, uno simbólico y otro estético.

II

Lo primero es qué hacemos frente al miedo. Ante esto, los temas que en el libro se abordan son muy variados. Este volumen contiene cuatro ensayos: dos sobre México (específicamente la zona metropolitana de la Ciudad de México), uno sobre Nueva York y otro sobre Montreal. Los dos textos sobre México están referidos a la forma del habitar de las clases media alta y alta, y sobre los recursos con que enfrentan real y simbólicamente el miedo. En este tema, la cuestión de los muros físicos y simbólicos se torna relevante. Son muros de piedra a los que se añaden muros de prejuicios que crecen y se trasladan en la misma medida en que sus creadores pretenden desarrollar sus vidas en esta urbe, como cuando monitorean sus propiedades por medio de sus celulares, a través de los circuitos de observación instalados para protegerlos. Son fronteras levantadas por la inseguridad y el miedo, más que por un objetivo de expresar distinción o jerarquía y que, al mismo tiempo, permiten desarrollar mundos de vida, según lo trabaja María Moreno. La tensión entre muros y mundo es muy interesante. Los muros son las fronteras que limitan varios mundos, una idea abstracta y más global. En el caso de las clases altas, los muros protegen, pero también mantienen limpio y aséptico el mundo donde viven. Los mundos son un espacio imaginario en el que una sociedad (o una parte de ésta) pretende vivir. Esos mundos son un dechado de cualidades, donde tal vez lo más valioso es la seguridad y la privacidad respecto de los pobres que, lamentablemente para quienes viven en esos suburbios o unidades residenciales, son necesarios. Los pobres acuden a ese mundo por propia necesidad, pero también por la de los habitantes ricos que les toleran y los ven llegar. Aquellas vidas tristes parecen tocar a sus puertas y se les abren y permite el acceso a condición de que ingresen por la puerta trasera y se sometan al control que garantiza su seguridad. Sus mundos separados y homogéneos sólo pueden construirse por un contrato de integración de los desiguales.

Tras los textos aparece lejana una imagen de la ciudad tomada, como el lugar de encuentro de la diversidad y la maximización del vínculo social. Esta manera de observar la ciudad pone en juego las muchas contradicciones de las urbanizaciones cerradas. Así como el suburbio definido por Gans es una expresión contradictoria de la ciudad de Wirth, en donde la heterogeneidad es el factor clave que le da sentido, las urbanizaciones cerradas por muros son la antítesis de la ciudad. Pero ¿hasta qué punto? ¿Cuánto puede contenerse la homogeneidad de un espacio que requiere de servicios que, además, son muy baratos en México?

Hay un punto que merece discusión sobre la idea de ciudad, a partir de la cual están bordando los autores de los artículos: es el de la polaridad confianza-desconfianza. Parecen deducir que la segunda es la característica de la ciudad moderna, en la medida en que las relaciones terciarias, funcionales, orgánicas, se imponen sobre las primarias, afectivas, mecánicas. Y esto, al menos en el planteamiento de Wirth, no sería el caso. Porque precisamente la esencia de la ciudad es que ésta funciona, porque se tiene confianza en ese mecanismo de relojería que son las instituciones. Por ello no requerimos de reciprocidad en el funcionamiento de la ciudad, sino del ejercicio de nuestras obligaciones contractuales. La desconfianza, es decir, la idea de que los comportamientos esperados no se realicen, es una anomalía que puede ser fruto de la pervivencia de la tradición, de la crisis orgánica de la ciudad o de la ruptura de un pacto de solidaridad, debido a la irrupción de otros fenómenos: migración, desempleo, pobreza, privatización de las instituciones, mercantilización... Wirth asume la permanente tendencia a la anomia de la vida urbana, precisamente porque puede estallar alguna crisis, pero no es el pesimismo lo que predomina en su planteamiento, creo yo. Por ello la constitución de la desconfianza como principio operativo de la vida social pública ameritaría discutirse.

En general, confiamos en que los carros circulan por la derecha y que se van a detener con la luz roja. Y aunque sabemos que eso constantemente es burlado, creo que no vivimos con la permanente zozobra de que no vaya a ser así. La seguridad se basa en la confianza de un sistema abstracto, que no es más que el pacto de ciudadanía que abre el mundo moderno. Que este pacto tenga huecos como un colador, no deja de ser una anomalía, al menos desde el punto de vista simbólico.

III

El segundo tema puesto sobre la mesa de discusión con las interrogantes de los coordinadores en su presentación, tiene que ver con el miedo visto como un actor que tiene agencia. Para mí esto fue lo más relevante de los escritos. El miedo, definido por los coordinadores en su presentación como una reacción emocional puntual a un evento o estímulo externo es desdoblado de múltiples maneras a lo largo de los escritos. Miedo individual o subjetivo y miedo social; miedo como impulso de acciones, miedo como eje de clasificación. El miedo se construye socialmente. Es un producto cultural y un organizador de la cultura. Es emocional y racional al mismo tiempo. Nos puede paralizar y aislar, pero también nos puede salvar o proteger. Y, sobre todo, el miedo, al igual que una obra de arte, puede ser contemplado, pero también puede actuar.

Uno de los principios metodológicos de los estudios aquí contenidos es que el investigador también es un actor que se mueve en una red de relaciones, específicamente en la que estudia. Esta observación me pareció una de las más vigorosas, porque da lugar a un planteamiento clave: la metodología se desarrolla a la par de nuestro objeto de estudio, de modo que la observación de la agencia del miedo se recrea constantemente en los espacios sociales en los que se quiere observar. En ambos estudios sobre la Ciudad de México el miedo es estudiado entre las élites económicas de la ciudad, las que tratan de anularlo encerrándose tras muros reales o simbólicos. La agencia del miedo lleva a los investigadores a observarlo en su movimiento. Señalan los autores de la presentación que el miedo es espacial y, en su texto, María Moreno lo define como una forma desagradable de intensidad que se siente en el presente, pero que tiene que ver con el futuro.

Al avanzar en la lectura de estos trabajos, y sobre todo en la idea de la agencia del miedo, me pregunté qué piensan sobre el miedo otros diferentes a los sujetos de las clases altas (encerrados en muros) y pregunté a cuarenta alumnos de la Licenciatura en Antropología de la UAM Iztapalapa algunas cosas sobre el miedo. De niños ¿tuvieron miedo? Sí, contestaron 37, salvo 3 (estas últimas mujeres). La cuarta parte vive con miedo permanente. La mitad más uno, es decir 21, ha sido asaltada: 16 en el transporte público, con mucho el lugar más peligroso en el que pueden estar. El 45 por ciento tiene miedo en su colonia o barrio, lo que creo que está lejos del espacio de seguridad en el que supuestamente viven las élites económicas, y 70 por ciento teme más en la noche que en el día, aunque los datos de las agresiones que sufren las mujeres no confirmen esta idea. El miedo, dice Moreno, es espacial y se confirma por los datos que arroja el pequeño estudio entre estudiantes de la UAM Iztapalapa, pero resulta más sorprendente que esta espacialidad incluyera a la universidad misma. De las ocho personas que dijeron que tenían miedo en la UAM, todas ellas eran mujeres. El 45 por ciento cree que, si vivieran en otra ciudad, tendría menos miedo.²

El miedo es espacial —señalan Moreno y Crysler— y creo que este principio hay que profundizarlo, de la misma manera que el miedo se expresa en el cuerpo. Se siente en el presente, pero tiene que ver con el futuro, tal y como lo dejaron ver veintiséis estudiantes (casi dos tercios) que dijeron que tienen miedo del futuro.

Hay un elemento que mencionan Moreno y Crysler en su presentación, pero que está más claramente tratado en el artículo de Guenola Caprón y Oswaldo Alvizar: el miedo es resultado de una condición de vulnerabilidad real o imaginaria. Las entrevistas que realizaron a habitantes de urbanizaciones cerradas de Zona Esmeralda y los suburbios de Atizapán, dejan ver residentes que juegan más con la vulnerabilidad que con el miedo. Siguiendo a Bauman, hablan de un miedo líquido, producto

² El sondeo fue realizado el día 21 de octubre de 2019, entre estudiantes de la Licenciatura en Antropología Social de la UAM-I. Agradezco a Teresa González Molina su colaboración en este trabajo.

del auge de la incertidumbre. Algunos de sus entrevistados han sido víctimas de graves atentados: robo, secuestro, asalto violento, lo que produce el permanente sentimiento de inseguridad personal u ontológica, un concepto que me pareció interesante y que traduzco como inseguridad que afecta mi identidad como persona, es decir, como madre o padre, esposo, esposa, etc. La vulnerabilidad es básicamente pérdida de confianza, falta de certeza en el futuro, pero no el lejano, sino el inmediato. ¿Regresaré a casa? ¿Podré ir a cenar o al cine sin problema? De la vulnerabilidad me defiendo controlando el espacio. Trato de engañar a los delincuentes, casi me pongo en su cabeza y me esfuerzo por imaginar cómo reaccionar.

Pero en esto hay un problema: de los delincuentes, sólo conozco sus estereotipos, su defectuoso retrato robot y, por tanto, tengo que cuidarme de la posibilidad, aunque sea remota, de que las personas con las que trato sean de esa especie, sobre todo los diferentes, los extraños y principalmente los pobres. Las personas sucias, los residentes en barrios que no son como los de mi fraccionamiento, éstos me hacen vulnerable y me obligan a buscar un proveedor de seguridad. Ésta la compro en el mercado. Mi pacto con la ciudad es un pacto fallido. No es lo público lo que permite enfrentar mi vulnerabilidad. Tengo que superarla a través del mercado o con otros mecanismos, armas, autodefensas, negociaciones, sólo que esto último lo hacen también los pobres.

Me llamó la atención que no haya aparecido en los trabajos sobre México la vulnerabilidad de género. No quiero desvalorar lo que han realizado. Sólo hago este señalamiento influido por lo que parece ser el movimiento más radical de este periodo: la lucha de las mujeres que han puesto en el centro su vulnerabilidad. De las veinticuatro alumnas de la UAM que contestaron el cuestionario, dieciséis dijeron tener más miedo a los hombres. Pero seis de los dieciséis hombres también lo señalaron.

Si María Moreno se mueve en la tensión muros-mundos (de vida), Guenola Caprón y Oswaldo Alvizar lo hacen en la tensión vulnerabilidad-miedo y, por tanto, en la búsqueda de la solución de esa vulnerabilidad, así sea creando una imagen abstracta y general de quienes se las producen.

IV

El tercer tema que nos ponen enfrente los coordinadores de este volumen es si existe una estética del miedo. No tengo claro si en esta reunión de trabajos hay una respuesta clara a esta pregunta, pero sí hay una exploración muy interesante y afortunada al respecto. Greig Crysler ensaya a contemplar el miedo. Esta contemplación está vinculada a un proceso de deconstrucción del discurso del Museo Memorial del 11 de Septiembre de Nueva York, en el que se interpolan tres discursos o mensajes relacionados por el efecto dramático del ataque a las Torres Gemelas, que no fue sólo el secuestro y colisión de los aviones contra aquéllas, sino su pulverización. Los kilómetros de cables, el acero, el vidrio, el amianto, el mercurio de las luces de neón o los materiales de los circuitos electrónicos de los miles de aparatos que estaban en los dos edificios, se pulverizaron convirtiéndose en un polvo tóxico que dio lugar a la muerte o severa afectación de muchos supervivientes y socorristas de las víctimas. El polvo tóxico es la imagen contraria al polvo sagrado en el que, aparentemente, nos volveremos todos en algún momento y, sobre todo, impide resolver adecuadamente cómo deberían ser tratadas las víctimas inocentes de los atentados.

Por otra parte, señala Crysler, ese polvo, o los restos que quedaron del desastre, recibieron un tratamiento simbólico que destaca el coraje, la valentía, el sacrificio de víctimas y socorristas en una suerte de polvo resiliente ahora envuelto en una narrativa museográfica. Y tras las víctimas que, prácticamente, se esfumaron con el desastre, están los escombros o restos, que no sólo son de personas, sino pedazos del edificio, incluso un árbol, un peral que, pese al fuego y la lluvia de material tóxico, sobrevive.

Crysler realiza una operación paralela a la presentación de los elementos que componen el discurso museístico y nos muestra la cuidadosa reducción de éste a la cronología inmediata del suceso. Si hubiera alguna causa para explicar esta delimitación, está en las múltiples negociaciones que permitieron levantar el memorial e incluso diseñar su arquitectura. Es un producto del poder que dio por resultado un modo de contemplación estética del miedo, en la zona cero del ataque. Me

pregunto si hay otros ejemplos de este recurso de presentación de miedo, un miedo circunscrito a sus símbolos más visibles, pero cuidadosamente enmarcado en un silencio o en una reducción.

El museo de la bomba atómica de Nagasaki tiene un discurso que mira hacia el futuro del uso de la energía atómica, más que a las causas del bombardeo. La tumba de Franco en el valle, que hasta el día 24 de octubre estuvo en el Valle de los Caídos, hace la misma operación. Se contemplaba al dictador sepultado en la basílica, sin que permitan los guardianes de su memoria que se juzgue su ferocidad y vileza. El Museo de la Memoria, en Santiago de Chile, visto desde la óptica de la derecha chilena, igualmente hace la misma operación. Ésta se lamenta que su discurso abarque del 11 de septiembre de 1973, hasta el plebiscito en octubre de 1988, cuando clama porque se expongan las razones del golpe derivadas, según aquella, de la política de la Unidad Popular.

El miedo acotado a los acontecimientos, como si éstos lo explicaran per se, es un recurso del poder, sea éste imperialista, dictatorial o democrático. Y, en medio de todo, la ciudad como escenario y medio de comunicación.

¿Qué sucede cuando el miedo no es producto de la imposición o de la violencia, sino que es buscado por sus posibles afectados? ¿Debemos seguirlo denominando miedo? ¿La temeridad de los practicantes urbanos de juegos de alto riesgo, como muchos que se toman *selfies* y se arriesgan por una toma al pie del vacío, nos enseñan algo de la ciudad? Boudreau, Ligouri y Seguin-Manegre analizan el miedo en sentido contrario. Lejos de desestructurar, el miedo al que se someten varios colectivos de jóvenes en Montreal es un factor integrador, placentero y también disruptivo. Al practicar actividades riesgosas en el espacio público, someten a la autoridad a un dilema entre el respeto a la libertad y la responsabilidad pública. Un alpinista arriesga su vida en la soledad de la montaña. El *highliner* que lo hace a la vista de todos, en especial de la autoridad de la ciudad, la reta en múltiples sentidos. Permitir que se tomen esos riesgos afecta la salud de la urbe, podría pensarse y, entonces, se ven obligados a intervenir para reprimir esas prácticas o para reencausar a los jóvenes.

V

Las tres preguntas generadoras de estos trabajos han sido ilustrativas, y el esfuerzo académico me parece muy afortunado, aunque se tenga que reconocer que se ha limitado a entornos muy precisos, en medio de un océano de expresiones de miedo, vulnerabilidad y expresión estética. Inicié este comentario exponiendo la contradicción que se desprende de la información del Latinobarómetro 2018 sobre el delito e inseguridad. Los encuestados latinoamericanos creen que hay más delitos y violencia, pero tienen menos miedo. Los ciudadanos de Honduras se sienten los más seguros y los de Chile los menos, aunque los datos reales deberían dar lugar a sentimientos radicalmente diferentes. Estamos en escenarios de violencia claramente contruados y que son difíciles de entender. Estos escritos abren una buena senda por dónde transitar en este sentido.

EDUARDO NIVÓN BOLÁN

UAM Iztapalapa

C.e.:<nivon@xanum.uam.mx>

Referencias

Latinobarómetro(2018). "Informe2018", en <file:///C:/Users/nivon/Downloads/INFORME_2018_LATINOBAROMETRO%20(1).pdf>.